

(Pues lo dijo su criado
 Como reservada cosa
 A mi sobrina) que encarga
 Hoy la vestidura propia
 Para salir de *Quevedo*;
 Nombre de alguno que mora
 En tierras de la otra banda,
 No sé si en España ó Roma.
 —Estuve aquí, buena vieja,
 Esperándote dos horas;
 Pero me has traído al cabo
 Noticias satisfactorias:
 Con el ojo alerta sigue:
 Toma entretanto esta bolsa,
 Y olvídate de que hablamos
 Sobre el asunto una jota.

Quando Alvarez se retira

La luna tras alta loma
 Su faz oculta, dejando
 Envuelta la tierra en sombras;
 Murmura un *Ave-María*
 La vieja viéndose sola,
 Y con descarnada mano
 Su rostro santigua hipócrita:
 De su recámara á tientas
 Anda tras la puerta; hallóla
 Y entra por ella temblando,
 Como tortuga en su concha.

V.

Amor inestinguible de Carlos.—Resolucion tomada por Diana.—Júbilo de Carlos.—Enfermedad moral de que suelen adolecer las personas de imaginacion muy viva.—Podemos utilizar esta enfermedad.—Un amigo predice á Carlos lo que mas adelante acontece.

(CARTA A DIANA.)

En tus manos he puesto mi destino:
 Cese la incertidumbre que me acaba:
 Ayer, ayer tu corazon temblaba
 Cuando oiste el lenguaje de mi amor.
 Un estraño despues se me aparece
 Que mi esperanza trueca en amargura,
 Porque me dijo: "esa mujer tan pura
 Tuya no puede ser: tiene señor."

Anoche, cuando en tí pensaba á solas
 Y por mi ingratitud perdon pedia
 A la imágen de aquella que algun día
 Unico dueño de mi afecto fué,
 Ví tu forma al traves de la vidriera,
 Iba á echarme á tus piés entusiasmado,
 Y en tu lugar ese rival odiado
 Que entre nosotros se interpone, hallé.

Yo no puedo vivir en esta duda:
 Quiero oír de tus labios la sentencia;
 Pero ¡no la pronuncies! Mi existencia
 Necesita el tesoro de tu amor.

Si el afecto no sientes que inspiraste,
 Déme tu labio una esperanza sola:
 El náufrago que envuelto va en la ola,
 Quiere asirse de leño protector!

¿Qué te puedo ofrecer, niña adorada?
 Bajo mi techo la pobreza mora;
 Ni á mi frente dá sombra bienhechora
 De la gloria el magnífico laurel;
 Mas, oye, si acogieras tú los votos
 Del corazon que con su amor se quema,
 Seria para él dicha suprema,
 Porque le amaras tú solo por él.

Entonces mi ambicion despertaria
 Para ofrecerte un nombre en holocausto:
 Entonces, como ahora, en medio al fausto
 Brillaria tu célica beldad;
 Y al recordar que cuando yo era pobre,
 Tú con tu amor para endulzar mis dias
 De la opulencia descendido habias,
 Me respetara á mí la sociedad.

¡Oh! presta luz á mis nublados ojos:
 Presta á mi corazon seguro asilo:
 Dime que puedo ya vivir tranquilo,
 Dime que aceptas mi rendido amor;
 Pero si así no fuere... al menos dame
 Una esperanza, una esperanza sola!
 El náufrago que envuelto va en la ola,
 Quiere asirse de leño protector!

CARLOS.

(RESPUESTA DE DIANA.)

Al corazon llegaron tus palabras
 En esa tarde, sí, te lo aseguro,
 Porque tu amor es entusiasta y puro,
 Porque el objeto soy que lo inspiró;
 Mas te engañas creyendo que te amo
 Porque mi agitacion allí fué mucha:
 Toda mujer que ese lenguaje escucha
 De confusion se llena y de rubor.—

Si ser feliz con el amor pudiera,
 Cárlos, mi corazon te adoraria,
 Y con orgullo, sí, compartiria
 Tu pobreza y tu noble oscuridad.
 Mi suerte otra será! Desde la infancia
 Me lo dice fatal presentimiento:
 Yo nací condenada al aislamiento.
 ¡Con sér alguno me uniré jamas!

Desde niña, un deseo indefinible
 Se apoderó de mi alma y la consume:
 He amado de la flor solo el perfume;
 Mas claro aún, he amado lo ideal:
 Y al descender de las regiones puras
 A que el mortal en sueños se sublima,
 Todo, todo en el mundo me lastima;
 Hallo de un cielo en vez, triste erial.

Amo la soledad cuando el otoño
 Enluta el cielo con tristeza suma,
 Cuando juegan los vientos con la pluma
 Que el ave errante al emigrar soltó:
 Y preguntando á alguien si sentia
 Emocion inefable al ver la hoja
 Que el norte arranca y en el fango arroja,
 Mi pregunta al oír, se sonrió.

• ¿Porqué no me comprenden? ¿Porqué al verme
 Por los bosques errando solitaria,
 Me apellidan la jóven visionaria,
 O tachan mi carácter de infantil?
 Tú que en el mundo vives, conociendo
 La enfermedad que en mi interior se esconde,
 Pon la mano en tu pecho y me responde:
 ¿Con una esposa tal, fueras feliz?

He creído también que amar pudiera,
 Y he forjado en mis sueños un amante
 Que mi existencia pasajera encante,
 Que me dé con su mano el corazón.
 Alvarez me pretende para esposa,
 Hallar correspondencia en mí esperando;
 Pero no le aborrezcas: te lo mando:
 Odio hacia él no siento ni afición.

Renuncia á tu esperanza. Acá en la tierra
 Como agora, otras veces has amado:
 De tu afecto el tesoro minorado,
 Sus primicias no puede ya ofrecer.

Este capricho tuyo pasaria,
 Y rastro de dolor en mí dejara;
 Diverso amor á poco te ocupara,
 Y la pobre mujer ama una vez!

Si á la tuya enlazara yo mi suerte
 Y disipado tu cariño viera,
 ¿Cuánta mi desventura entonces fuera!
 ¡Ay! á tu lado ¿cuánta soledad!
 Si de mi fe dudarás y tus labios
 Una palabra me dijeran fría,
 ¡Una sola palabra! moriría
 Cual ave sin calor ni libertad.

Leiste ya como en abierto libro
 En este corazón. Falta una hoja,
 Y el seguirla ocultando me sonroja:
 Tendré para enseñártela valor.
 Pudiera amarte yo... ¿quizá te amo!
 Hago esta confesion á un caballero;
 Pero, escúchame, Carlos, yo lo quiero:
 Nunca vuelvas á hablarme de tu amor.

D***

(CARLOS A SU AMIGO J.***)

Yo soy el mas feliz de los mortales:
 Mira esa carta que escribió Diana,
 Y cuéntame si hay ventura humana
 Que á la mia se pueda comparar:

Dime si es suficiente nuestra vida
Para amar á esa joven hechicera:
Dí si mi afecto amortiguar pudiera
En su curso la misma eternidad.

¿Qué importa su carácter visionario,
Cuando yo mismo pienso como ella;
Si en él la luz que fúlgido destella
El ingenio en su aurora descubrió?
Doblemente la adoro: ella me atrae,
¿No es cierto que en su carta me lo ha dicho?
Impóneme silencio su capricho;
Mas soy feliz... ¿qué importa el porvenir?

Del corazon el júbilo desborda:
Necesito esplayar mi sentimiento,
Como, agitado por el recio viento,
Lecho mas grande necesita el mar.
¿A quién mejor que á tí comunicarlo?
Respóndeme y aumenta mi alegría:
Dime que envidias la ventura mia;
Que jamas como yo supiste amar.

CARLOS.

(RESPUESTA A CARLOS.)

“He amado como tú... mi alma entusiasta
Prodigó acá en la tierra su ternura,
Y una vez y otra vez en la amargura,
Cosecha de su anhelo, se anegó:

Como el fénix, amante revivia;
Como el árbol, su pompa restauraba:
Llegó dia en que el árbol seco estaba,
Y hojas nuevas á echar nunca volvió!

No puedes figurarte la tristeza
Con que mi juventud hoy echo menos,
Mirando el esplendor de la belleza
Concedida por Dios á la mujer;
Mas si en la playa estoy, viejo marino,
Libre ya del naufragio, desde lejos
Doy siquiera mis útiles consejos
Al que en los mares, como tú, se vé.

¿Conque tu corazon, que tú creias
Muerto para el amor, ha despertado,
Y ya al carro triunfal hállase atado
De esa mujer que es ángel para tí?
¿Que la llames tu esposa y tus caprichos
Sufra con siempre igual benevolencia;
Que con su amor prolongue tu existencia;
Que te cierre los ojos al morir!

La enfermedad que en su interior germina,
El noble sentimiento es de lo bello:
De la luz celestial rico destello
Que á pocas almas en el mundo hirió:
La facultad de hallar los atributos
Que revelan de Dios la omnipotencia
En seres mil en que la estéril ciencia
La forma material solo admiró.

Pero este sentimiento necesita
 Un objeto hácia el cual nos encamine,
 Pues de la vida el gérmen debilita
 Si nos conduce á errar en lo ideal:
 Tuerce nuestra razon, el cuerpo enerva
 Y para el bien y el mal nos deja ineptos;
 Siempre en el corazon de sus adeptos
 Rompe ó relaja el vínculo social.

Cuando tengas dominio sobre ella,
 Dícelo así: comprenda su talento
 Que puede utilizar tal sentimiento
 Sobre la tierra ejecutando el bien.
 Ame con tierno afecto á su familia;
 Preste en su hogar al caminante abrigo;
 La desnudez socorra del mendigo,
 Y á su hambre dé pan, agua á su sed.

Sueñe con otro mundo; pero sea,
 Siempre á la luz de mística esperanza,
 Con aquel donde premio el justo alcanza
 Cuando su corazon la muerte heló:
 Sepa que el áureo cáliz de la vida
 Pone la dicha en su engañosa espuma,
 Que la bebida es de amargura suma,
 Y apure hasta las heces con valor.

No quisiera decírtelo; mas, siendo
 De sensibilidad ella un tesoro,
 Mucho temo que ofendas su decoro
 Tú, sospechando injusto de su fe.

Conozco tu carácter: cuando amas,
 De tu sombra y tu voz tienes recelo:
 Si tal haces, su amor truecas en hielo,
 Que es única en su especie esta mujer.

Es el cristal que, limpio y trasparente,
 De leve duda al hálito se empaña:
 La sensitiva que al contacto ardiente
 De la mano del hombre se alarmó.
 Si su delicadeza una vez hieres,
 Cuando su estimacion hayas perdido,
 Aunque la quede el corazon partido,
 Ella jamas te volverá su amor.

Quiérela, sí, porque beldad tan rara
 Unida á tan escelsa inteligencia,
 Se halla solo una vez en la existencia,
 Como en lóbrego cielo blanca luz,
 El entusiasmo que tu dicha inspira,
 Distraccion á mis penas hoy ofrece:
 Al corazon gastado le parece
 Que ha vuelto á su primera juventud!"

VI.

Paisaje de primavera.—La juventud de la naturaleza asociada á la juventud del corazon.—Diana admite los votos de Carlos.

En la márgen bellísima del lago
 Que ni el mas leve céfiro acaricia:
 Cuando ya de la tarde el ruido vago
 La noche acalla, á la quietud propicia:

De las estrellas al fulgor brillante
Que en las serenas aguas reflejaba,
Cárlos, pintado el gozo en su semblante,
Con el objeto de su amor se hallaba.

En la lejana estremidad del monte
Tapizado de rubias sementeras
Y sobre el fondo azul del horizonte,
Su cresta dibujaban las palmeras.

Era en el mes de Marzo, y se cubría
De hojas el árbol, de verdor la loma:
La flor su seno virginal abría,
Su amor cantaba la gentil paloma.

Tibia la brisa que del ancho prado
Meció en la tarde las nacientes galas,
Sobre el boton del azahar nevado
Duerme, plegadas las volubles alas.

Diana, sentada sobre el césped blando
Al pié del oloroso limonero,
Guarda silencio, estática mirando
En la bóveda azul blanco lucero.

De la luz de la choza los destellos
Hieren el lago: el labrador activo
Eleva sus cantares y hace en ellos,
Dulce recuerdo del pais nativo:

“Si dá la noche tregua al trabajo,
A mi cabaña del monte bajo:
De mi semblante limpio el sudor:

En nada pienso durante el dia;
La noche umbría
Trae recuerdos al corazon.

“Viene á la mente mi alegre infancia,
Padres, hermanos y la fragancia
De aquellos campos donde nació:
La casta jóven de sumo encanto
Que quise tanto
Y á ver no he vuelto, pobre de mí!

“Ingrata es siempre la tierra extraña:
En ella al alma sensible daña
Vago el recuerdo de antiguo bien;
La edad disipa sueños brillantes....
Tiernos amantes,
En la mañana la flor coged!”

—¿Oyes, Diana?... Aquí, bajo este cielo
Salpicado de nítidas estrellas,
Mudos testigos de mi amante anhelo,
Cual las del clima de mi patria bellas:

Aquí sobre la tierra perfumada
De primavera con el tibio aliento,
Donde agora es el agua sosegada
Argentino tapiz, música el viento,

Tu amor reclamo yo, porque mi alma
Vive sin él como en desierto ardiente
Falta de lluvia la marchita palma,
Cual pobre pez en agotada fuente.

Que al traerme á vivir bajo este clima,
Poniendo ante mis ojos tu belleza,
Dios no quiso que el fuego que me anima
Fuera ocasion de perennal tristeza.

Que al arrojarte Dios acá en el mundo,
Para que fueras te arrojó, Diana,
De acciones nobles manantial fecundo
En el erial de la desdicha humana.

¡Respuesta no me das y palideces?
Dime que no; que, tan ilustre y bella,
Un esposo mejor que yo mereces...
¡Nunca otra fué mi maldecida estrella!

Un corazon humilde, un nombre oscuro
Piedad á la mujer piden en vano,
¿No es cierto? dí....

—No, Cárlos, te lo juro:

Tuyo es mi corazon; tuya mi mano!

Tú les vistes, ¡oh noche silenciosa!
Cuando tu curso apenas comenzabas:
Con tu misterio su ilusion dichosa,
Con tu esplendor su fuego acrecentabas.

Esa inocente niña su cabeza
Reclinaba en el seno de su amado,
Y, mudo adorador de su belleza,
Contemplábalala él entusiasmado.

Con mano ardiente su cabello de oro,
En dos trenzas copiosas recogido,
Acariciaba, y al metal sonoro
De su amorosa voz prestaba oído.

De Diana las pupilas peregrinas,
De su ternura casta en los accesos,
Lágrimas eclipsaban diamantinas,
Y él las secaba en el instante á besos!

En tanto el lago de cristal dormia,
Quejábase en el árbol la paloma;
La luna, hácia el Oriente, aparecía
Tras el declive de la estensa loma.

VII.

Un sendo-político de los que abundan en el pais.—¿Está enamorado de Diana ó de sus diamantes?—Temores que inspira su conducta.

No sé si en mi paleta habrá colores
Con que yo retratarte, Alvarez, pueda,
O si, á pesar de artísticos sudores,
A mi aliento una empresa tal esceda.
Veo que tus acentos tronadores
Oye con atencion ilustre rueda,
En la que hablar osara otro ninguno;
Tu profesion conozco: eres tribuno.

Tú marchas del progreso por la senda,
Y quieres á los pueblos oprimidos
Quitar la espesa vergonzosa venda
Que tejieran tiranos foragidos;
Y, aunque este pueblo misero no entienda,
Por mas que lleguen siempre á sus oídos
Las palabras que brotan de tu labio,
Padre te llama y te proclama sabio.

Emancipar la gran familia humana
 Es tu anhelo especial, ¡anhelo santo!
 Mas dime, ¿por qué zurras la badana
 A tus pobres domésticos en tanto?
 Angel de tolerancia soberana,
 ¿Porqué no estienes de la patria el manto
 Sobre el menesteroso que te roba
 En el seguro de tu misma alcoba?

Tachas al propietario de egoista
 Porque al pobre sus tierras no reparte:
 Es hombre nulo para tí el artista
 Y máquina venal quien sigue á Marte;
 Mas ¿qué rumor metálico la vista
 Te hace volver solícito á otra parte,
 De la ley en el noble santuario?
 ¡Silencio! el mes acaba... ¡es su honorario!

No imitas al honrado ciudadano
 Que al poder echa en cara sus abusos,
 O si él gobierna, con robusta mano
 Sabe á raya tener á los ilusos;
 De la chusma insensata (y nunca en vano)
 Halagas tú los corrompidos usos:
 Te ofrece cuenta conservarla amiga;
 Oro es tu ley; la patria, tu barriga.

Tu suerte ¡cuán diversa de la mía!
 En el ocio tu vida pasa entera,
 Y en la mitad de tan holgada vía
 Te aguarda, sí, ministerial cartera.

Yo por ganar el pan de cada día
 Aguzo cuanto puedo la mollera,
 Y, anotando guarismo tras guarismo,
 Hallo en mí siempre el arrancado mismo.

Bien; sigamos así; mas dime, ¿cómo
 Hirió el amor tu corazón de acero,
 Y ha convertido á Bruto en fiel palomo
 De albo plumaje y canto lastimero?
 A la verdad, mi entendimiento romo
 Esto no acierta á concebir: yo quiero
 Me digas si á Diana haces la ronda,
 O á sus ricos diamantes de Golconda.

Quiero también me digas (y dispensa
 Si de prudente límite me salgo,
 Y á tomarlo no vayas por ofensa,
 Que un Potosí por mi franqueza valgo)
 Si entre la diosa á quien tu amor inciensa
 Y tu persona, de comun hay algo;
 Si puede competir rastrera planta
 Con el cedro que al cielo se levanta.

Y si no fuere así, tu alma patriota
 ¿Porqué, experimentando sus desdenes,
 Con nube de tristeza se encapota,
 Y con ira te aprietas ambas sienas?
 Ello, si estás en público, se nota
 Que tu dolor y cólera contienen,
 Pues sabes que este género de males
 Suele á risa mover á los mortales.—

Inspira miedo la serpiente astuta
 Que al peregrino con su aliento enerva,
 A un lado puesta de la estrecha ruta,
 Do á la vista se esconde entre la yerba.
 Gusta el gusano de horadar la fruta
 Que el hortelano á su festin reserva,
 Y aunque la encuentre verde, echa en su seno
 El inmundo licor de su veneno.

VIII.

Preparativos de boda.—El baile en la quinta.—El dominó blanco.—Don Francisco de Quevedo.—Reconciliacion de Alvarez y Carlos.—Una carta anónima.—El desengaño.—Rompimiento.

Con regocijo acepta la familia
 A Carlos para esposo de Diana,
 Que si carece de riqueza, alberga
 Su noble pecho cualidades altas.
 Asoma la alegría á los semblantes
 De hombres y de mujeres cuando hablan
 Del proyectado enlace que, sin duda,
 Tendrá efecto en la próxima semana.
 No faltan sonrisillas picarescas,
 O señales equívocas de lástima
 Hacia el galan que, cual la antigua zorra,
 Las uvas que apetece verdes halla:
 Y es fuerza, al contemplar la indiferencia
 Con que á la hermosa novia Alvarez trata,
 Creer que en su alma con valor estingue
 Hasta el vestigio de amorosa llama,
 Y que del mundo imbécil (imitando
 Al sabio rey) los desengaños palpa.

El buen humor de todos contribuye
 A dar lustre al primer baile de máscara,
 Por hallarse en el cual, vinieron jóvenes
 De la ciudad cercana, ilustres damas,
 Músicos y demas gente curiosa
 Que á la bulla concurre, aunque no baila.
 Cubre pérsica alfombra el pavimento,
 Cuadros y espejos las paredes blancas
 De la sala espaciosa y, por do quiera,
 Puestas las flores en marmóreas jarras,
 Su perfume exhalando, se marchitan,
 Cual la inocencia en el festin se empaña.
 Brilla la esperma en candelabros de oro,
 Sus instrumentos mágicos ensayan
 Los músicos, y pueblan el recinto,
 Con disfraz ó sin él, personas varias.
 El cabello trenzado con esmero,
 De alabastro la tez, de fuego el alma,
 Flexible la cintura como el junco
 Que se comba en la selva solitaria,
 Doncellas mil en brazos de los jóvenes
 Vuelan girando en la festiva danza.—
 La atencion de la noble concurrencia,
 Cual ningun otro, en el momento llama
 Ligero dominó de raso blanco,
 Que lleva capuchon color de grana.
 Su careta finísima remeda
 Semblante femenino lleno de gracia;
 Leve lunar junto al carmíneo labio,
 De la sedosa tez la nieve esmalta.
 En su redor apiñase la turba
 De los curiosos que su mano palpan,
 Reconociendo en ella bajo el guante

Tal pequeñez, que en fabulosa raya,
 Otros, della detrás, con disimulo,
 De su ropa talar alzan la falda,
 La bella forma de sus piés mirando,
 Que diminutos borceguíes calzan;
 Y se dicen los hombres al oído
 Que otra no puede ser sino Diana
 Quien así se disfraza, y ya su mano
 Quién para el comenzado vals demanda,
 Quién para la cuadrilla ó la mazurca,
 Quién para la tercera contradanza;
 Mas ella se escabulle y deja á todos
 Tendiendo en vano con afan las palmas.
 Tambien escita de la sala en medio
 Vivas curiosidades otro máscara,
 Que á Don Francisco de Quevedo imita
 En el aspecto y la festiva charla.
 Va mostrando la cruz de Santiago
 En su capa, y un pié disforme arrastra
 Por dar á niñas, jóvenes y viejas,
 Zumba mortal en sus rimadas sátiras.
 Con la faz verdadera de Quevedo
 De su careta es tal la semejanza;
 Tan bien conoce del poeta insigne
 Hasta las mas ligeras circunstancias,
 Que poco á poco el círculo se aumenta
 De los que á oír acuden sus palabras:
 Suspéndese la danza, y olvidados,
 Como si á leguas cien de ahí se hallaran,
 Quedan algunos máscaras de aquellos
 Que entran en el salon, miran y callan,
 O, si á soltar la lengua al fin se atreven,
 Hablan de usted y necedades hablan.

De la turba de oyentes á ese tiempo
 Alvarez en su traje se separa:
 Habla al oído á Don Francisco y llévale
 A la pieza al salon mas inmediata,
 En la cual abundante y rica cena
 Está por diestra mano preparada.
 —“Cárlos, le dice con su voz melosa,
 De Quevedo el papel jugais con gracia;
 Pero personas hay que os conocieron,
 Y es ya inútil fingir . . . Yo deseaba
 Una ocasion cual esta, en que deciros
 Que vuestra dicha júbilo me causa:
 Mi amor he sofocado para siempre.
 ¡Diana con su amor feliz os haga!
 Y en prueba de amistad, aquí apuremos
 Si os parece, dos copas de Champaña.”
 Acepta Cárlos. Alvarez las copas
 Llena, y en la de aquel una sustancia
 Desconocida echó con disimulo:
 Ambos las copas cogen . . . las levantan,
 Las chocan, beben, y de allí á un momento
 Cual dos amigos íntimos se apartan.
 Y, no bien al salon llegaba Cárlos,
 Cuando cierta solícita criada,
 De quien harán memoria mis lectores,
 Al jóven temblorosa mano alarga
 Para darle un papel, y se retira
 Mientras Cárlos por él la vista pasa.
 “Soy un amigo vuestro (le decian,
 Sin fecha y firma en la supuesta carta),
 Y de ver que Diana está jugando
 Con vuestro corazon, duéleme el alma.”

No creais en la boda prometida:
 Antes que vuestro amor ella pagara,
 Ya de su corazón otro era dueño,
 Y hoy viene á reclamarla su palabra.
 Si crédito no dais á estos renglones,
 Salid por un momento de la sala
 Y en la sombra esperad, porque al amante
 Cita para el jardín tiene ella dada,
 Y á veros un instante descuidado,
 Para cumplir su compromiso aguarda.
 Pero escuchadme, Cárlos: no vayais
 A armar aquí con vuestra afrenta zambra;
 Nada de quijotismo; el que es prudente,
 De lo que mira se aprovecha y calla.”

Intencion tuvo Cárlos de hacer trizas
 El vil papel que la pureza mancha
 De su hermosa Diana; pero tiende
 La vista, y lo que vé su sangre cuaja.
 Con máscaras diversas, allá lejos,
 Diana estaba en misteriosa plática:
 Cárlos creyó notar que sus acciones,
 Sin perderle de vista, ella espiaba,
 Y entonces el demonio de los celos
 En su pecho infeliz hinea la garra.
 “Con cerciorarme nada pierdo (dice)
 De lo que anuncia esa funesta carta.”
 Y hasta el confin del corredor oscuro
 Corre, y allí temblando se agazapa.

Cuando él salió, por la contraria puerta
 Con traje al suyo igual, asoma un máscara:
 Pasea su mirada recelosa,

Luego se acerca adonde está Diana
 Y la dice al oído: “Necesito
 Hablarte en el instante dos palabras.”
 “Bailaremos, Diana le responde,
 Creída ya de que con Cárlos habla;
 Mas él insiste en que al jardín vecino
 Vayan los dos mientras la gente baila.
 Acalorada ya con la careta,
 La agitacion causada por la danza,
 La luz, la concurrencia, ella sentía
 Arder sus ojos cual si fuesen brasas:
 Un helado sudor bañó su frente,
 Y vueltas daba en su redor la sala;
 Mas, conociendo el genio caprichoso
 De su amante, hácia afuera le acompaña,
 En él se apoya y dícele: “Hace rato
 Que te queria hablar . . . me siento mala.”
 —“Tal vez el aire fresco de la noche
 Disipará tu malestar.” Llegaban
 En esto á aquella puerta que salida
 Presta al jardín: desdobra una ancha capa
 Nuestro desconocido y se arreboza,
 Sin que de ello se aperciba Diana.

No bien los viera Cárlos dirigirse
 Hácia la fuente del jardín, á gatas
 Corre por los lugares mas sombríos;
 Hiérese rostro y manos con las zarzas
 Que le obstruyen el paso: dá un rodeo,
 Y, al fin, detrás de una ruinosa tapia
 Se detiene . . . comprime los latidos
 Con que su corazón del pecho salta,
 Y con sus manos trémulas sofoca

Hondo gemido que partió del alma.
De las estrellas á la luz incierta
Ve que muy cerca dél, los dos se abrazan,
Y que el desconocido imprime un ósculo
En la frente de aquella que le engaña:
Por si incompleto el desengaño fuese,
Llegaron á su oído estas palabras:

Desc.—“Temo, sí, por mi amor mientras ese hombre
Continúe viviendo en esta casa;
Su vista me enfurece....”

Dian.— “Solo un ciego
Pudiera no advertir que solo ama
A tí mi corazón; que mis riquezas
Son lo que á él únicamente halaga:
Mas ¿por qué disfrazado permaneces?
¿Porqué finges la voz....?”

Desc.— Vaya, Diana,
Retirémonos ya, pues frío el viento
Sopla y á tu salud acaso daña.”

Cual leona á quien roban sus cachorros
De la espesura enfurecida salta,
Viendo que los amantes se retiran,
Cárlos salvó la derruida tapia.
Despareció el traidor... El rostro vuelve
Ella cuando arrancábase la máscara
Cárlos, y al verle, un grito de sorpresa
Y espanto su convulso labio exhala.
Él se acercó, pintada en su semblante
La agonía, el deseo de venganza,
Y apoyando su cuerpo contra un árbol,
Inmóvil permanece como estatua.
Diana sus manos lleva hácia la frente,

Porque creía que soñando estaba.
“No; yo estoy loca,” dijo. “¿Eres tú, Cárlos?
Respóndeme.... ¡no sé lo que me pasa!”
—“Soy yo,” contesta Cárlos. “Si hombre alguno
Cuanto he visto y oído me contara,
Lejos de darle crédito, mi mano
Hoy ostentara una sangrienta mancha,
Y de tal homicidio tú sin duda,
Fuera, mujer, la despreciable causa!”
—“Esto no puede ser,” clamaba ella:
“Alguno mutuamente nos engaña.”
De pronto vaciló... su frente ardía,
Al corazón su sangre se agolpaba:
“Todo se aclarará,” dijo tendiendo
Hácia su amado las errantes palmas:
“A mi aposento, por piedad, me lleva:
No me puedo tener; estoy muy mala.”
Cárlos allí con ímpetu terrible,
De indignación temblando, la rechaza.
De su rival en pos correr quisiera,
Y el narcótico ya su vista empaña,
Sus miembros entorpece... dá tres pasos...
Anúdase la voz en su garganta,
Y derríbale al fin sueño invencible
Sobre el tapiz de la estendida grama.—
Diana en tanto en la pared se apoya
Del largo corredor; su cuerpo abraza
La fiebre; lanza allí débil gemido;
Torna á seguir su trabajosa marcha,
Abre la puerta de su alcoba, y entra
Y se desploma, de sentido falta.